

LAS DEMOCRACIAS SUCESORAS: EL CASO DE ITALIA

Por GIUSEPPE DI PALMA

El especialista que quiera dedicarse al estudio comparado de los problemas con los que tienen que enfrentarse las democracias sucesoras —en lo que concierne a la herencia del régimen anterior y a la reconstrucción democrática— puede guiarse por algunas distinciones ya establecidas:

1. En cuanto a la naturaleza del régimen anterior, por la distinción entre regímenes autoritarios y regímenes totalitarios.
2. En cuanto al modo de su caída, por la distinción entre revolución, evolución o derrota.
3. En cuanto a los agentes que establecen la democracia sucesora, por la distinción entre fuerzas internas y fuerzas de ocupación.

Estas distinciones se extraen de distintas experiencias. Dentro de ellas, cada país puede encontrar un lugar bastante bien definido, excepto Italia.

La Italia fascista no era ni totalmente totalitaria (mucho menos que Alemania o Austria), ni simplemente autoritaria, sino que combinaba elementos de ambos regímenes de forma indeterminada. En lo que se refiere a su caída, el punto de vista generalmente aceptado de que el fascismo —como el nazismo en Alemania-Austria, el régimen de Vichy en Francia, o la dictadura militar en Japón— fue derribado a causa de su derrota militar es correcto sólo parcialmente. La expulsión anticipada de Mussolini para retrasar la derrota, y la consiguiente resistencia armada prueban la presencia de elementos internos evolutivos y revolucionarios (1). El papel de las fuer-

(1) La evolución/autodisolución fue la forma inicial que caracterizó el fin de la España de Franco y el de la Junta griega. La revolución marcó el rápido fin de la dictadura portuguesa.

zas aliadas en cuanto a la transición —aunque importante— no fue, por esta razón, tan crucial en Italia, como lo fue en Japón, Alemania y Austria. El número de fuerzas autóctonas que tuvieron parte activa, en Italia, en la transición, fue mayor que en el resto de los países derrotados. Dichas fuerzas comprendían desde una Monarquía comprometida con el fascismo al Partido comunista y a la maquinaria político-militar de la Resistencia, mostrando de esta forma una variedad que sólo sería superada tres decenios más tarde por la más pacífica y consensuada transición española.

Si añadimos a estas características —el carácter ambiguo del fascismo, la variedad de agentes que contribuyeron materialmente a la transición— el hecho de que el cambio continuara durante una guerra fría que modificó en gran medida las coaliciones antifascistas, podemos afirmar que el proceso de transición italiano fue el más conflictivo de los provocados por la Segunda Guerra Mundial. Con independencia de que existiesen otras soluciones al doble problema de la herencia y la reconstrucción democrática, los actores políticos italianos discrepaban ampliamente en sus opiniones, no sólo acerca de lo que era deseable, sino también acerca de lo que era posible y probable durante aquellos años.

Por ejemplo, en cuanto a la herencia fascista, algunas fuerzas sostenían que la desfascistización debía y podía detenerse rápidamente, desmantelando las específicas, pero limitadas, instituciones fascistas creadas por la dictadura, y con la depuración o el castigo de sus máximos dirigentes. Otros, sin embargo, eran de la opinión de que el proceso debería reformar más profundamente, o extirpar, aquellas instituciones y estructuras prefascistas en las que el fascismo había encontrado verdaderamente alimento y refugio. Ciertamente que este dilema era común al resto de los países derrotados e incluso al resto de las democracias sucesoras. Pero, en los otros países derrotados, la herencia, como un problema de contención, era superado en parte por la más cercana supervisión aliada de la desfascistización, y de esta forma era posible desplazar la acusación de hacer demasiado (o demasiado poco) a las fuerzas ocupantes (2). En Italia la cuestión se complicaba por el hecho de que las fuerzas nacionales que operaban con retraso en materia de desfascistización, incluían, como ya se ha dicho, elementos del régimen anterior; así, la nueva actitud de estos últimos de o bien absolver de responsabilidades pasadas por la entrada del fascismo y la guerra, o acortar la

(2) En Francia, oficialmente vencedora, la cuestión de cómo terminar con el régimen de Vichy era más fácil, al ser éste un régimen efímero y semicolaboracionista, impuesto en parte por los acontecimientos de la ocupación alemana. Semejantes consideraciones merecen el caso de Austria y, más aún, los regímenes tipo Quisling.

desfascistización (3), no parecía suficiente a otras fuerzas más genuinamente antifascistas.

La misma conflictividad caracterizaba también la reconstrucción democrática. Para la mayoría de las fuerzas nacionales la reconstrucción se presentaba como la otra vertiente del problema de la herencia; como otra forma de mantener a Italia a salvo de la dictadura. Pero ¿hasta qué punto y de qué manera la nueva democracia debía apartarse de aquella incipiente democracia cuya debilidad había impulsado al fascismo hacia el poder? Y ¿qué lugar debía ocupar la izquierda marxista en esa democracia?

El comienzo de la guerra fría fue la gota que colmó el vaso. En otros países ocupados, la transición ya se había asegurado algunos resultados antes del comienzo de la guerra fría, dado que los aliados habían sido los encargados de llevar a cabo la transición, y la guerra total y la derrota no habían dejado sitio para los extremismos de izquierda ni de derecha (4). En Italia, sin embargo, la guerra fría favoreció una reducción interna, progresiva, de los primeros programas para la desfascistización radical y la democracia avanzada, y aceleró la escisión de la coalición antifascista nacional. Al final, el resultado mediocre de la transición italiana dejó intacto un espectro de fuerzas antifascistas básicamente tan variado como antes, y permitió el surgimiento del neofascismo y de los llamados partidos nostálgicos de la extrema derecha. Quedaba así abierta la pregunta de si otra solución hubiera sido posible.

Estas son las peculiaridades del caso italiano que pretendo ampliar en este estudio. Las implicaciones para la nueva democracia serán examinadas al final.

LA NATURALEZA DEL FASCISMO

¿Qué es lo que tiene de particular el fascismo que nos pueda ayudar para explicarnos la forma de su caída y las dificultades que se presentan al hablar de su legado?

Para responder a esta pregunta creo que es útil empezar con la distinción

(3) Había menos posibilidades en Italia para la evolución desde dentro de las que había en la España de después de Franco y de las que pudo haberse en el Portugal de Cactano.

(4) Sobre el papel inicial que desempeñaron las fuerzas ocupantes en la reorganización de las escasas y dispersas fuerzas internas, véase: GERHARD LOEWENBERG: «The Remaking of the German Party System», en MATTEI DOGAN y RICHARD ROSE (eds.): *European Politics: A Reader*. Boston, Little Brown, 1971, págs. 259-280.

entre *fascismo movimiento* y *fascismo régimen* (5). Esta distinción es útil para establecer: 1) que el fascismo nació como un verdadero movimiento, de movilización seglar; 2) que nació, no como una reacción tradicional de defensa contra el socialismo, sino como la realización nacionalista de las subversivas aspiraciones anticapitalistas del socialismo en las particulares condiciones internas y geopolíticas de la Italia de después de la Primera Guerra Mundial, y 3) que aspiraba a un monopolio de poder y a una *Gleichschaltung* (*) bajo un Estado total. Pero sean cuales fueren las razones (6), el *fascismo movimiento* nunca llegó a triunfar. Duró mientras duró el *fascismo régimen*, dándole a este último su sello semi o pretotalitario, y murió, como un fenómeno específico de entreguerra, con la caída del Eje y la muerte del régimen.

Ni siquiera después de 1925-26, cuando Mussolini ganó su batalla final contra los residuos del parlamentarismo y la política de partidos, ni incluso cuando el consenso fascista estaba en su apogeo gracias a la guerra de Etiopía, Mussolini llevó la *Gleichschaltung* * de la sociedad italiana a sus últimas consecuencias totalitarias. Más bien, el *fascismo régimen* admitió, de forma controlada, y reunió, dentro del esquema de poder, a un cierto número de grupos independientes y de entidades corporativas. Muchos, o la mayoría, de éstos ya existían antes e independientemente del régimen, habían obtenido su influencia de su pasado tanto como de su pacto con el régimen, y eran indiferentes o insensibles a los antiguos fines del movimiento y a lo mucho que quedaba de totalitario en el régimen mismo (7). Así pues, hasta su fin, el fascismo italiano tuvo que habérselas con una Monarquía, con una Iglesia Católica centralizada en Roma y que se oponía a las veleidades anticlericales del fascismo y a que éste monopolizase la enseñanza, con unos aparatos, burocrático y judicial, que nunca llegaron a ser instrumentos totales al servicio de un Estado fascista, y con un Ejército que no había jugado ningún papel en la creación del régimen y que se mantenía leal a la Monarquía. Para intentar superar estos y otros obstáculos, así como para lograr

(*) Homogeneización (en alemán en el original inglés). (*N. del T.*)

(5) RENZO DE FELICE: *Intervista sul fascismo*. Bari, Laterza, 1975.

(6) Para una interpretación reciente —recalcando la resistencia de Mussolini a admitir que la erradicación del capitalismo hubiera significado la ruina de Italia, véase DOMENICO SETTEMBRINI: *Fascismo contrarivoluzione imperfetta*, Sansoni, Milano, 1979. Interesantes consideraciones contrastando el tratamiento del capitalismo en la Alemania nazi e Italia se encuentran en MANUEL LUCENA: *O Salazarismo*. Lisboa. Perspectives e Realidades, 1976. Introducción.

(7) Estas características forman parte de la definición del autoritarismo de JUAN LINZ: «An Authoritarian Regime: Spain», en ERIK ALLARDT y YRJO LITTONEN (eds.): *Cleavages, Ideologies and Party Systems*. Helsinki, The Westmarck Society, 1964.

un sistema más totalitario, se hubieran necesitado unos recursos que el fascismo nunca pareció capaz de reunir. Además, es discutible que el movimiento fascista —el mismo debilitado por la transformación del partido fascista de una organización de élite en una organización de masas— tuviera la unidad suficiente para perseguir tal sistema, y si en caso de una confrontación hubiera ganado, y a qué precio.

Lo que hizo que las fuerzas mencionadas anteriormente, que tenían poco o nada que ver con el fascismo específico, aceptaran el régimen, y en algunos casos apoyaran su llegada, fue su visión del fascismo como una forma de Estado más controlada, mediante la cual se podría defender un sistema conservador que el liberalismo prefascista no había sido capaz de garantizar. Sin embargo, dicho filofascismo genérico y diluido demostró carecer de suficiente coherencia cuando Mussolini —quizá esperando lograr ese resultado totalitario que seguía escapándosele de las manos— llevó a Italia a una guerra internacional cuya lógica era ajena a sus seguidores. De ahí, la ruptura de la coalición formada en torno a Mussolini, cuando Italia se acercaba a su derrota militar. Sin embargo, si el final del mandato fascista acabó también con el fascismo específico, todavía quedaba la intrincada pregunta de cómo (si es que era posible) arreglárselas con el fenómeno más generalizado del filofascismo. Es sobre todo refiriéndose a este último, más que al fascismo específico, cuando se puede hablar de herencias y continuidades, remontándose en el pasado al período liberal y hacia delante a la nueva democracia. Pero el filofascismo era difuso, amorfo, y carecía de límites bien definidos y, por tanto, no era fácil deshacerse de él a través de medidas legales de desfascistización. Además, si se podía acusar al filofascismo por su complicidad con Mussolini, también se podía alegar que al asegurar la continuidad de instituciones legales prefascistas había, de alguna forma, constitucionalizado y, ciertamente, humanizado el régimen.

CAIDA E INAUGURACION: AGENTES Y COALICIONES

El período de guerra

Día 10 de julio de 1943: las tropas aliadas desembarcan en Sicilia; 25 de abril de 1945: la liberación de Italia ha concluido (8). Dos características

(8) Existe gran cantidad de literatura histórica y partisana sobre el tema de la transición. Menos abundante es el material documental publicado. Uno de los informes más útiles en italiano es el libro de ANTONIO GAMBINO: *Storia del dopoguerra dalla Liberazione al potere DC*. Bari, Laterza, 1975). En inglés, véase GIUSEPPE MAMMA-

importantes para nuestro análisis marcaron este largo período de lucha: se habían dado pasos en el camino de la desfascistización y de la instauración de la democracia mucho antes de que las operaciones militares hubieran terminado y el número de fuerzas comprometidas en estos procesos aumentaba con el paso del tiempo. Esto complicaba el juego coalicional haciendo más difícil la formación de coaliciones estables que fueran restringidas y dominantes y capaces de políticas constitucionales unilaterales con respecto a la herencia y a la reconstrucción, o ampliamente consensuales y capaces de ir más allá de los compromisos limitados y condicionales.

El primer fracaso en la búsqueda de soluciones estables, unilaterales (y rápidas), se produjo durante los sucesos que rodearon la expulsión de Mussolini por el Rey y el Gran Consejo del fascismo (25 de julio de 1943), la formación de un gobierno monárquico-militar bajo el mariscal Badoglio, y la firma del armisticio (8 de septiembre de 1943). La imposición aliada de una rendición incondicional puso fin a las dos estrategias opuestas y convergentes que se planteaban desde dentro (9): una, acariciada débilmente por algunos líderes fascistas, y prácticamente sin esperanzas de éxito, aspiraba a una especie de fascismo sin Mussolini; la otra, más ambiciosa, perseguida por el Rey y los militares, apuntaba una ruptura más clara con el fascismo, y al simple restablecimiento, en una versión corregida y dirigida, del sistema constitucional prefascista, bajo el *Statuto Albertino* (10) del siglo XIX.

La rendición incondicional, aunque acabó con el plan unilateral de la Monarquía, no eliminó ni a la Monarquía ni a su gobierno. Por el contrario, tanto los aliados como el Partido comunista Italiano dejaban abierto el futuro de la Monarquía como parte de un proceso de transición complejo y a

RELLA: *Italy after Fascism, 1943-1965*. Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1956; C. F. DELZELL: *Mussolini's Enemies: The Italian Anti-Fascist Resistance*. Nueva York, Howard Ferling, 1974; F. W. DEAKIN: *The Brutal Friendship: Mussolini, Hitler and the Fall of Italian Fascism*. Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1962. Una bibliografía comentada es G. BERTELO y col.: *Il dopoguerra italiano, 1945-1948. Guida bibliografica*. Milán, Feltrinelli, 1975.

(9) LEONARDO MORLINO: «From Fascism to Weak democracy». Mimeo, 1980.

(10) La estrategia del rey hubiera necesitado del apoyo aliado que las largas y tortuosas negociaciones impidieron obtener: un armisticio en términos generosos, el reconocimiento de la posición aliada de Italia o, al menos, de su posición neutral, y un desembarco aliado para liberar a Roma. En vez de esto, la rendición incondicional llevó a la ocupación alemana de Italia más allá de Nápoles, a que el Rey y su gobierno se dirigieran al Sur para encontrarse con los aliados, y al establecimiento de un nuevo gobierno fascista en el Norte —la República Social Italiana— bajo el tutelaje alemán. Véase MAMMARELLA, *op. cit.*, págs. 22-29. Véase también ELENA AGA ROSSI SITARA: «La politica degli Alleati verso L'Italia nel 1943», en RENZO DE FELICE (ed.): *L'Italia fra-tedeschi e alleati*. Bolonia, Mulino, 1973.

largo plazo. Los aliados, y sobre todo los americanos, habiendo dispuesto en el armisticio que la cuestión «institucional» debería ser decidida por los italianos después de la guerra, apoyaban ahora la entrada de los partidos políticos —rápidamente reconstituidos en un Comité de Liberación Nacional (CLN), a pesar de la prohibición inicial de Badoglio —en el gobierno del Rey, no sólo para sostenerlo, sino también para vigilarlo (11). Fue sin embargo el Partido Comunista el que siguiendo al reconocimiento soviético del gobierno de la Monarquía, que tuvo lugar en marzo de 1944 (12), rompió la oposición original de los partidos al gobierno (13), cambiando su opinión inicial y recomendando la colaboración de todos los partidos con la Monarquía en nombre de la unidad de la patria. La maniobra comunista, hecha pública personalmente por Palmiro Togliatti, Secretario General del partido, reflejaba tanto los planes geopolíticos soviéticos como la prudente evaluación interna de lo que iba a ser la posición del partido en los meses y años siguientes. Pero también respondía a un imperativo coalicional más amplio. Para salir del *impasse*, al no poder dejar de contar con la Monarquía (al menos sin la aprobación aliada) y mientras las soluciones unilaterales aparecían remotas y costosas, se requería la búsqueda de coaliciones más amplias, basadas en un objetivo mínimo, común y transitorio; y esto significaba tener que arrinconar provisionalmente el obstáculo «institucional».

Es indudable que el reconocimiento comunista, soviético y nacional, al

(11) Los americanos, aunque menos dispuestos hacia la Monarquía, admitieron intereses especiales británicos en esta zona. Sobre la política de ocupación aliada, véase DAVID ELLWOOD: *L'alleanza nemica*. Milán, Feltrinelli, 1977; C. R. S. HARRIS: *Allied Military Administration of Italy, 1943-1945*. Londres, Her Majesty's Stationery Office, 1957; KOGAN, *op. cit.*; NICOLA GALLERANO: «L'influenza dell'amministrazione militare alleata sulla riorganizzazione dello stato italiano», en MASSIMO LEGNANI (ed.): *Regioni e stato dalla resistenza alla costituente*. Bologna, Mulino, 1975; JAMES MILLER: «The Search for Stability: An Interpretation of American Policy in Italy: 1943-1946», en *Journal of Italian History*, I. Fall, 1978, págs. 264-286; GEOFFREY WARNER: «Italy and the Powers, 1943-1949», en STUART J. WOOLF (ed.): *The Rebirth of Italy, 1943-50*. Londres, Longman, 1972.

(12) Sobre el reconocimiento soviético, véase un reciente artículo de ENNIO DI NOLFO: «The United States and Italian Communism, 1942-1946; World War II to the Cold War», en *Journal of Italian History*, I. Spring, 1978, págs. 74-94.

(13) Incluso el Partido Liberal, aunque promonárquico, suscribió la petición de abdicación del Rey y de su hijo formulada por los otros partidos. Los otros partidos de la CLN fueron el Partido Comunista, el Partido Socialista, el Partido de Acción (un partido liberal-socialista de reforma radical formado por intelectuales refugiados), el Partido Demócrata Cristiano y Democrazia del Lavoro (un partido pequeño de personalidades reformistas del Sur). El viejo Partido Republicano nunca formó parte del CLN, ni nunca estuvo de acuerdo en cooperar con la Monarquía.

venir de la parte más insospechada, dio a la Monarquía una legitimidad condicional (14). Lo mismo ocurrió con el pacto entre los partidos y la Monarquía, de acuerdo con el cual los primeros se incorporaron al gobierno de Badoglio a cambio de la promesa del Rey de retirarse en cuanto se llevara a cabo la liberación de Roma y la formación de una Regencia bajo su hijo. Pero nada de esto logró detener las maniobras políticas dentro de la coalición, ni impidió un aumento de las fuerzas implicadas en la transición. Por una parte, mientras la Monarquía presionaba para conseguir una mayor consolidación de las bases de su poder confiando en los aliados (15), los partidos del CLN continuaban buscando un papel más importante en el gobierno, y, tras la liberación de Roma, se las arreglaron para formar un gobierno civil con participación de todos los partidos políticos dirigido por el líder de la Democrazia del Lavoro, Ivanoe Bonomi. Al resistirse, sin resultados positivos, a la actuación de la CLN, la Monarquía se privó a sí misma de una oportunidad de relegitimación, al tiempo que confirmaba a los partidos en su creencia de que el pacto institucional no podía ser más que condicional y transitorio.

Por otra parte, la liberación de Roma coincidió con un fuerte incremento de las actividades de la guerrilla organizada en los territorios ocupados y la aparición de la maquinaria militar de la Resistencia como un actor político cualitativamente distinto. A pesar de que el CLN era oficialmente la suprema organización política de la Resistencia, aquel nuevo hecho —al aumentar las posibilidades de que apareciera una coalición dominante radical-popular, bastante diferente de aquellas coaliciones que podían formarse alrededor de una democracia parlamentaria más convencional— sacó a la palestra, y agudizó, mucho antes de que terminase la guerra, las divisiones latentes dentro del CLN: divisiones entre los moderados (liberales, demócrata-cristianos) y radicales (comunistas, pero mucho más, socialistas y miembros del partido Acción) y entre el CLN del Norte (CLNAI) —directamente implicado en la resistencia y dominado por la izquierda— y su organización matriz en Roma,

(14) El reconocimiento soviético fue inteligentemente planeado por la diplomacia italiana con el objeto de obtener un mayor apoyo angloamericano para la Monarquía. DI NOLFO, *op. cit.*; WARNER, *op. cit.*

(15) Los aliados, ya en octubre de 1943, habían reconocido al gobierno de Badoglio como cobeligerante, en respuesta a la invasión alemana. A esto siguió una progresiva confianza aliada en el heredado aparato gubernamental regional, en los territorios liberados del Sur. GALLERANO, *op. cit.*, págs. 88-93. Los americanos en principio eran partidarios de una administración militar aliada, para lograr una mayor desfascistización; los británicos eran partidarios de una administración italiana bajo la Monarquía. Con el avance de la guerra, al aumentar los costes de emplear personal militar en asuntos civiles, el punto de vista británico se impuso.

donde los problemas gubernamentales prevalecían y la moderación jugaba un papel más importante (16).

En resumen, el pacto patriótico con la Monarquía apenas aplazó la discusión de los problemas políticos. Esta giraba en torno al papel del CLN y del movimiento de resistencia durante la guerra y la reconstrucción, el alcance y los procedimientos de desfascistización, la forma de decidir la cuestión institucional, si ésta —como se había acordado en junio de 1944— debía resolverse en una Asamblea constituyente o, por el contrario, a través de un referéndum popular, y las modalidades y el calendario de las elecciones locales y nacionales. A medida que la resistencia cobraba importancia en el Norte, los aliados y los partidos moderados se esforzaron por contener el movimiento absorbiéndolo y constitucionándolo dentro de la estructura gubernamental romana. En algunos casos (aliados, liberales y una minoría del Partido demócrata-cristiano) se intentó también apoyar a la Monarquía como institución que podía garantizar una transición moderada (17).

Una vez más, como había ocurrido en marzo con el pacto con la Monarquía, fue el Partido comunista el que hizo posible algunos de esos proyectos moderados, al aceptar, y además negociar, la subordinación de la maquinaria político-militar de la Resistencia al Gobierno y a los aliados (18). Si la existencia de un amplio espectro de fuerzas políticas, ninguna de ellas fácilmente descartable, complicaba la búsqueda de coaliciones unilaterales, al Partido comunista, que tenía especiales dificultades a este respecto, le correspondería desempeñar un papel especial. A causa de su delicada posición constitucional, el partido —y Togliatti en particular— se dio cuenta mejor que el resto de la izquierda de los casi insuperables riesgos de una coalición centrada exclusivamente en el movimiento de la Resistencia y del precio

(16) Sobre el CLNAI y sus relaciones con Roma, véase FRANCO CATALANO: *Storia del CLNAI*. Bari, Laterza, 1956.

(17) Sobre todo en la segunda mitad de 1944 se tomaron medidas para una constitucionalización moderada de la transición y un reforzamiento del viejo aparato del Estado. Dos medidas importantes tomadas en noviembre y en diciembre fueron: 1) el agrupamiento de las unidades partisanas bajo un general italiano (con un comunista y un líder del Partido de Acción como adjuntos), y 2) el reconocimiento gubernamental y aliado del CLNAI como representante del gobierno en los territorios ocupados, hasta la liberación, pero no después de ella. Tales medidas fueron acompañadas en noviembre por la formación de un segundo gobierno de Bonomi, más moderado, que excluía a los partidos socialistas y de Acción, pero que incluía a los comunistas.

(18) Sobre las implicaciones moderadas de estas negociaciones, véase PIETRO SECCHIA: *Il Partito comunista italiano e la guerra di Liberazione, 1943-1945*. Milán, Ferrinelli, 1973, págs. 788-796. Como jefe de la resistencia comunista junto con Luigi Longo, Secchia representó el «ala norteña» del Partido Comunista.

que el comunismo en particular tendría que pagar si fracasaba dicha coalición. La presencia militar de los aliados, la resistencia de la Monarquía y su aparato, el creciente desajuste entre un Sur tradicional sin experiencia de la resistencia y un Norte sensibilizado políticamente, sugerían que el llamado viento del Norte no podía limpiar toda la península sin embarcarla en una nueva e inútil guerra civil con dimensiones Norte-Sur. No sólo su legitimación, que de por sí era ya un problema, sino también la misma supervivencia del Partido comunista habrían sido puestas en peligro. El peso de estas consideraciones indujeron al partido, a pesar de su liderazgo en la resistencia armada, de su importancia política de conjunto, de la inclinación a seguir una doble estrategia, y del desacuerdo entre sus cuadros, a perseverar en su línea patriótica de colaboración con todas las fuerzas antifascistas (19). Dentro de esta línea de partido, la espontaneidad colectiva del movimiento de la Resistencia se sacrificaba a la monocrática dirección del partido y a la consolidación del aparato del mismo; la herencia radical y las políticas de reconstrucción se sacrificaron al objetivo prioritario de la permanencia comunista en las coaliciones originales. Así, el modo de la transición pasó a estar doblemente relacionado con el futuro del comunismo italiano: primero, a través del comportamiento de las fuerzas conservadoras y moderadas, que veían en una transición radical un caballo de Troya del comunismo, y, segundo, a través del comportamiento de los comunistas italianos, que veían la fuerza de la reacción que podría provocar semejante tipo de transición.

Después de la guerra

La existencia de distintas opciones de coalición y las limitaciones dentro de las que se tenía que mover el Partido comunista con respecto a ellas, ayudan a explicar porqué el resultado coalicional después de la guerra (la formación de gobiernos republicanos centristas dirigidos por el Partido demócrata-cristiano) estuvo marcado por la ambigüedad con respecto a su legitimidad, una ambigüedad que persiste todavía hoy. El hecho de que las dos opciones coalicionales extremas —la opción «discontinua» de la Resistencia y la opción «continua» de la Monarquía— ya hubieran sido excluidas

(19) La posición del Partido Comunista es claramente explicada, durante y después de la guerra, por el mismo Togliatti. Véase, por ejemplo, su discurso en el Congreso Nacional del Partido en abril de 1945, recogido en *La politica comunista (discorsi e documenti, aprile 1944-agosto 1945)*, págs. 231-232. Véase también MARCELLA y MAURIZIO FERRARA: *Conversando con Togliatti*. Roma, Editori Riuniti, 1953, página 361.

de facto después de la guerra, aunque disminuyó las opciones, no ayudó a este respecto. No fueron excluidas tanto por común acuerdo como por derrota de una parte. Lo que es más, porque estas derrotas dejaron secuelas significativas, el resultado final se retrasó y su legitimidad quedó en entredicho.

De las dos opciones, la eliminación de la opción de la Resistencia era la más rápida y la más factible. A pesar de la insurrección general del Norte y su liberación por los partisanos unos días antes de la llegada de las tropas aliadas, los factores expuestos en la parte anterior excluían la posibilidad de una toma del poder por las armas y el establecimiento de una especie de democracia popular. También lo hacían imposible el agotamiento de las tropas partisanas después de un invierno de cruel represión nazi, la falta de una base popular clara y firme de la Resistencia, su carácter secundario con respecto a los ejércitos convencionales, y sus divisiones ideológicas y políticas, además de la falta de programas revolucionarios claros (20). De esta forma, innumerables cargos civiles y militares, temporalmente ocupados por personal designado por el CLNAI, tuvieron pronto que ser devueltos a los aliados y a las autoridades gubernamentales para ser cubiertos por funcionarios de carrera. El movimiento de la Resistencia tampoco logró por medios políticos lo que no pudo conseguir por medios militares, a pesar de la formación en junio de 1945 de un «Gobierno de la Resistencia» dirigido por Ferruccio Parri, líder de la Resistencia y del Partido de Acción. Este gobierno no supo dar solidez política al movimiento y fue sustituido, antes de fin de año, por un gabinete dirigido por Alcide de Gasperi, el primero en una cadena ininterrumpida de primeros ministros democristianos (21). Con este cambio, aunque el gabinete incluía a comunistas y a socialistas, se podía considerar que el capítulo de la Resistencia estaba oficialmente cerrado. Lo que no estaba claro todavía era, sin embargo, —y aquí el residuo de la Resistencia— el lugar de la izquierda en las futuras coaliciones de gobierno.

Si se compara con la opción de la Resistencia, a la opción monárquica le quedaban todavía algunas posibilidades. La casi guerra civil que significó la liberación del Norte había otorgado fiabilidad a la Monarquía como garantizadora de una transición pacífica. También, a principios de 1946,

(20) GAMBINO, *op. cit.*, pág. 31.

(21) Sobre el gobierno de Parri, véase GIORGIO VACCAVINOS «Il governo Parri e le forze politiche», en VARIOS AUTORES: *L'Italia dalla Liberazione alla repubblica*. Milán, Feltrinelli, 1976, págs. 267-314; ENZO PISTIDRELLI: «Il governo Parri», en VARIOS AUTORES, *Italia, 1945-48. Le origini della Repubblica*. Turín, Giappichelli, 1974. El gobierno se estableció sobre la disensión de los liberales y democristianos, la no cooperación de la burocracia, las ineficiencias diarias, pero también la indiferencia de los comunistas.

aliados, liberales y democristianos habían llegado progresivamente a acuerdos con respecto a una serie de pasos institucionales —pronta convocatoria de elecciones locales, aplazamiento de las elecciones para la Asamblea constituyente, sometimiento de la cuestión institucional no ya a la Asamblea, sino a un referéndum popular— que estuvieran o no motivados por simpatías hacia la Monarquía, concedieron a ésta un cierto margen de acción (22). Ciertamente, el cambio hacia políticas electorales y de masas, después de más de dos años de transición en los que habían dominado las élites, las instituciones estatales y las organizaciones militares, favorecía más a la Monarquía que al movimiento de la Resistencia. Por una parte, porque los cuadros de partido y las élites en general eran más republicanas que el pueblo, cuyo antifascismo residía a menudo en un resentimiento suficientemente impreciso como para no incluir a la Monarquía y al que le faltaba la experiencia derivada de una participación activa en la lucha antifascista (23). Por otra, porque, incluso en el Norte oprimido, donde los lazos entre la Resistencia y el pueblo eran más fuertes, el final de la guerra puso de manifiesto la preocupación agobiante del pueblo por la carencia de bienes básicos y por la normalización, dejando a un lado la opción de la Resistencia y sometiendo la actuación del gobierno Parri a una prueba insuperable.

Al final, el 2 de junio de 1946, el pueblo votó por la República (24). Pero los resultados indicaban sólo un pequeño margen a su favor (54,3 por 100) y un desequilibrio entre las regiones del Norte-Centro (62,2 por 100 a favor de la República) y el Sur (63,8 por 100 a favor de la Monarquía). Comparados con los resultados de las elecciones para la Asamblea constituyente, que se celebraron el mismo día, los anteriores indicaban también una preferencia aplastante de los votantes democristianos por la Monarquía.

Si a esos acontecimientos electorales añadimos el hecho de que el intervalo de más de un año entre la liberación y las elecciones nacionales había hecho posible el surgimiento de la Democracia Cristiana como el partido clave de gobierno, y la aparición de dos partidos nostálgicos (Uomo Qua-

(22) Los líderes democristianos —aunque la mayor parte eran republicanos— vieron en el referéndum una vía para no perder los millones de católicos simpatizantes con la Monarquía y finalmente adoptaron una postura de libertad con respecto al voto en el referéndum. Los aliados apoyaron el referéndum ya sea por solidaridad con la Monarquía o porque querían una legitimación popular del nuevo sistema.

(23) Sobre las diferencias entre el ambiguo antifascismo (o afascismo) del pueblo y aquel de los partidos antifascistas y de la Resistencia, véase ALBERTO ACQUANNE: «Violenza e consenso nel fascismo italiano», en *Storia Contemporanea*, 10 (1979), páginas 145-155.

(24) Un factor, que pudo haber contribuido a dicho resultado, fue la decisión del Rey de no abdicar en favor de su hijo hasta un mes antes del referéndum.

lunque y el monárquico Blocco della Libertà), podemos concluir que «la República nacida de la Resistencia» nació también con una mayoría electoral entre conservadora y moderada, y un pequeño, pero no insignificante, y en potencia deslegitimador, elemento nostálgico (tabla 1). Así, a pesar de haberse paralizado la desfascistización después de las elecciones (véase el siguiente apartado) se vio que conseguir la lealtad de este grupo para la República era imposible.

La República «nacida de la Resistencia», de la cual los comunistas y socialistas, juntos más fuertes electoralmente que los demócrata-cristianos, eran la parte principal (25). Estos se proponían ahora hacer valer ese derecho en los escenarios más amplios y pacíficos que quedaban después de la guerra, con mayor fuerza de lo que lo habían hecho en el peligroso escenario político-militar de la liberación. Además, el mismo hecho de que hubieran optado por colaborar ampliamente con la Democracia Cristiana contra la opción directa de la Resistencia les convertía ahora en una fuerza política de masas con la que la Democracia Cristiana tenía que contar.

En resumen, el Partido demócrata-cristiano se vio asimismo en una situación desconocida para los partidos de gobierno de los otros países derrotados. Por una parte, tenía que contar con una izquierda reforzada por su contribución a la liberación y resuelta a estar en el gobierno, pero, sin embargo, expuesta a la deslegitimación debido a sus compromisos internacionales y a la aproximación de la guerra fría (26). Por otra parte, se enfrentaba con una nostálgica franja de derechas, capaz de beneficiarse electoralmente de la colaboración del centro con la izquierda (27). Bajo estas circunstancias, los líderes demócratacristianos, republicanos y antifascistas, comprendieron claramente que —a pesar de que su electorado era a menudo conservador y confesional y a pesar de las presiones de la Iglesia y de algunos sectores del partido— no podían hacer frente al problema de la izquierda con un gran giro de sus alianzas hacia la derecha. La recuperación de la derecha para la República, mediante su inclusión en el gobierno, difícil y ambigua *per se*, no podía utilizarse como un medio para aislar a la izquierda. Una solución menos costosa era gobernar con una oposición bilateral; esto es, re-

(25) El Partido de Acción, como partido de élites intelectuales, tuvo muy poco éxito en las elecciones de 1946, a pesar de su importancia en la Resistencia. Finalmente se desintegró y sus líderes se afiliaron al Partido Socialista o al Partido Republicano.

(26) El Partido Socialista, a causa de su antiguo «pacto de acción unitaria» con los comunistas, había aceptado, sino recomendado lealtad con la Unión Soviética.

(27) Las elecciones locales de noviembre de 1946 y abril de 1947 indicaron un retroceso considerable del Partido Demócrata-cristiano y un aumento de la derecha nostálgica (y ganancias también para la extrema izquierda).

duciendo la esfera de la coalición a los pequeños partidos seculares de centro izquierda a centro derecha (28).

Pero el proceso era largo y tenía desventajas en cuanto a la legitimación. Los comunistas y socialistas, como piezas clave de la creación de la República, permanecieron en el gobierno la mayor parte del período constituyente (ellos fueron de hecho los únicos compañeros de los demócratas cristianos después del referéndum) y no pudieron ser sino parte esencial en la redacción de una Constitución que estaba fuertemente cargada, en términos generales, de republicanismo antifascista con conciencia social. Así pues, la Constitución, aprobada al final de 1947, selló —y de alguna manera ayudó a recalcar (no podía ser de otro modo)— la deslealtad de la derecha nostálgica. Sin embargo, la expulsión de la izquierda del gobierno tripartito que ya había tenido lugar en mayo de 1947, y la creación antes de final del año de una coalición centrista de ámbito más estrecho que la que había aprobado la Constitución (29), desacreditó el centrismo a los ojos de la izquierda como fórmula que había roto la larga unidad antifascista. Tal actitud se vio reforzada por el hecho de que la salida de la izquierda se había visto acompañada de una solicitud de ayuda a Estados Unidos, ayuda destinada a llevar a cabo un programa de reconstrucción mediante la liberalización de la economía, a la que la izquierda había intentado oponerse cuando estaba en el gobierno (30). La izquierda había aconsejado la toma de medidas antifascistas contra la clase capitalista a través de la intervención estatal en la economía y la participación de los trabajadores en la dirección de las empresas. En vez de

(28) Sobre la opción centrista de los democristianos y el papel de De Gasperi, véase PIETRO SCOPPOLA: *La Proposta politica de De Gasperi*. Bologna, Mulino, 1977, especialmente capítulo 6.

(29) Formaron parte de la coalición, dirigida otra vez por De Gasperi, además del Partido Demócrata Cristiano, el Partido Liberal, el Partido Republicano (que había vuelto a las políticas de partido con el referéndum sobre la Monarquía) y el Partido Social Demócrata (que se había formado en febrero al separarse del Partido Socialista). El centrismo continuó siendo la fórmula de los gobiernos italianos hasta el comienzo de los sesenta.

(30) A pesar de esto, la oposición de la izquierda no fue nunca fuerte ni convincente a causa tanto de su debilidad ideológica como de la necesidad permanente de la izquierda de mantener sus posiciones electorales y gubernamentales. Véase GAMBINO, *op. cit.*, págs. 114 y sigs., págs. 313 y sigs. Durante todo el período de permanencia de la izquierda en el gobierno, los ministerios de economía estuvieron en su mayor parte ocupados por destacados economistas liberales. Sobre la política económica de la reconstrucción, véase también MARCELLO DE CECCO, ensayo en WOOLF, *op. cit.*, cap. 7; PIERO BARUCCI: «Il dibattito sulla politica economica della ricostruzione, 1943-1947», en AA. VV.: *L'Italia della Liberazione*, *op. cit.*, págs. 391-412; PASCUALE SARACENO: *Intervista sulla ricostruzione, 1943-1953*. Bari, Laterza, 1977.

esto, se encontraba ahora enfrentada a una serie de medidas monetarias, crediticias y deflacionarias, que estaban aumentando el desempleo industrial y frenando a los sindicatos, pero que, sin embargo, favorecían, a través de la disminución de los precios, a gran parte del electorado centrista, de clase media (31).

En conclusión, tres diferentes coaliciones caracterizaron el cierre del período constituyente: 1) una coalición antifascista para la elaboración de la Constitución, excluyendo a la derecha nostálgica; 2) una coalición de go-

TABLA I
ELECCIONES A LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE (1946)
Y A LA CAMARA DE DIPUTADOS (1948)

	1946 (%)	1948 (%)
Comunistas	18,9	31,0
Socialistas	20,7	—
Socialdemócratas	—	7,1
Accionistas	1,5	—
Republicanos	4,4	2,5
Democristianos	35,2	48,5
Liberales	6,8	3,8
Uomo Qualunque	5,3	—
Monárquicos	2,8	2,8
Neofascistas	—	2,0
Otros	4,4	2,3
<i>Total</i>	100,0	100,0

bierno centrista, y 3) una coalición socioeconómica moderada. Las dos últimas fueron, según la izquierda, estrechando y traicionando a la primera (32).

(31) Solamente existía un sindicato en este momento. Aunque sus miembros eran mayoritariamente de izquierdas, se les había dado a los católicos igual representación en la directiva del sindicato como una forma de unidad antifascista. El acuerdo finalizó con la salida de la izquierda del gobierno Gambino, *op. cit.*, págs. 384-385. LILIANA LANZARDO: *Classe operaia e Partito comunista alla Fiat. La strategia della collaborazione, 1945-1949*. Turin, Eunaidd, 1971, págs. 278-279.

(32) Al delimitar el significado de la coalición constitucional es importante tener en cuenta el hecho de que los demócrata-cristianos, con la ayuda obtenida de los aliados, habían conseguido un acuerdo mediante el que, durante el período constituyente, los poderes legislativos se reservaban al gobierno. Esto significaba que la Asamblea constituyente era incapaz de dar cauce legislativo inmediato a muchas de las medidas radicales de la Constitución. El resentimiento de la izquierda por su ex-

El último acto oficial del período quinquenal de transición tuvo lugar con las elecciones de abril de 1948, las primeras bajo la nueva Constitución. Dirigidas por los partidos principales como si se tratara de una cruzada, las elecciones permitieron al partido de la Democracia Cristiana conquistar la mayoría absoluta de los escaños de la Cámara de los Diputados mientras que los comunistas y socialistas, que se habían presentado unidos, perdían considerable terreno, al igual que la derecha (tabla I). El centrismo, como coalición dominante de la nueva República, lograba la aprobación electoral.

LA HERENCIA Y LA RECONSTRUCCION

Desfascistización

Hé hablado de los participantes y las estrategias de la transición con algún detenimiento por la simple razón de que en Italia —mucho más que en el resto de los países derrotados— la misma definición de lo que fue el fascismo, su tratamiento, y las reacciones a ese tratamiento, están entrelazadas, y no pueden ser entendidas al margen de los conflictivos acontecimientos de la transición, y a causa de que esta conflictividad también dejó su huella en el futuro de la nueva democracia. La cuestión del legado —o, si se prefiere, del antifascismo como valor colectivo que había que asegurar— se convirtió en un tema recurrente en la vida política italiana. Por ejemplo, la mayor parte de los escritos sobre desfascistización se lamentan del hecho de que la maquinaria de desfascistización fracasase en el logro de resultados importantes, tanto en la persecución del verdadero crimen como en librar al aparato del Estado del personal indeseable (33). Muchos relatos de la transición ven la desfascistización como una oportunidad perdida de romper claramente con el pasado fascista (y prefascista) y de haber dado, finalmente, satisfacción a las frustradas esperanzas del *Risorgimento* italiano (34).

clusión del gobierno no se manifestó inmediatamente. La izquierda, ya sea porque vio dicha exclusión como temporal o para evitar un conflicto, reaccionó con cautela. Pero el tema de la «constitución traicionada» iba a ser una cuestión crucial en los meses y años venideros.

(33) Véanse como ejemplos de esta literatura, GUIDO QUAZZA: *Resistenza e storia d'Italia*. Milano, Feltrinelli, 1976; ANTONIO BEVERE: «Fascismo e antifascismo nella prassi dell'apparato statale», en GUIDO QUAZZA (ed.): *Fascismo e antifascismo nell'Italia repubblicana*. Turin, Edizioni Stampatori, 1976, cap. 2; MARCELLO FLORES: «L'epurazione», en AA. W.: *L'Italia dalla Liberazione*, cit., págs. 413-467.

(34) Referencias a la liberación y a la resistencia como *Secondo Risorgimento* aparecen tanto en la literatura como en los discursos políticos.

Que el mecanismo de desfascistización logró escasos resultados (al menos desde el punto de vista de las esperanzas de muchos antifascistas, y no sólo de la izquierda) es indudable. Que ello se debió, como algunos creen, a conspiraciones políticas y burocráticas para asegurar la continuidad entre el viejo y el nuevo Estado es, sin embargo, un punto de vista moralista que explica todo y no explica nada. Por supuesto que las «conspiraciones» existían, y en abundancia, que la mayoría de los cargos comprometidos con el fascismo permanecieron en sus puestos o fueron restablecidos en los mismos, y que muchos de los más horribles crímenes fascista cometidos durante la liberación quedaron sin castigo o fueron perdonados. Sin embargo, incluso teniendo muy en cuenta estas astutas distorsiones, el carácter tanto del fascismo como de la transición hacían muy difícil el logro de resultados más radicales (35).

Juan Linz ha señalado agudamente que, en lo que respecta a la cuestión de la herencia, «los regímenes democráticos que suceden a regímenes con una fuerte y exclusivista ideología totalitaria... se enfrentan a una situación menos difícil que aquellos que suceden a regímenes autoritarios amorfos» (36). La razón es doble. Primero, es difícil de justificar legalmente, e incluso políticamente, la persecución retroactiva de líderes y grupos de un régimen que no se diferenciaba mucho de la sociedad en general y del pasado (y que puede haber disfrutado de las simpatías populares). Segundo, es difícil identificar objetivamente y encontrar a las personas o grupos responsables (el riesgo está en incluir demasiados o muy pocos). Aparte de esto, se puede discutir la conveniencia de utilizar purgas para garantizar la lealtad al nuevo sistema democrático. En el caso italiano, una vez extirpada la capa exterior del totalitarismo, quedaba todavía la cuestión más problemática, la de enfrentarse a los más antiguos, más difíciles de alcanzar, y más escondidos, fundamentos autoritarios. Existen, en principio, dos soluciones a tales problemas.

La primera es la vía pacífica y consensual de la autotransformación del régimen autoritario, que tiene la ventaja de legitimar recíprocamente tanto a la oposición al régimen anterior como a los antiguos grupos del régimen, sin necesitar de castigos extensos ni de la exclusión de individuos o gru-

(35) Como afirma Achille Battaglia, «... no es cierto que el cuerpo judicial saboteara las leyes antifascistas, y, de esta forma, debilitara el nuevo régimen, sino que, dentro de ciertos límites, lo cierto fue lo contrario: la falsa interpretación y la falta de fuerza de las leyes tuvieron su origen en la debilidad política del antifascismo». ACHILLE BATTAGLIA: *I giudice e la politica*. Bari, Laterza, 1962, pág. 96.

(36) JUAN LINZ: *The Breakdown of Democratic Regimes: Crisis, Breakdown and Reequilibration*. Baltimore, John Hopkins University Press, 1978, pág. 35.

pos (37). Sin embargo, en Italia, al contrario que en la España de después de Franco, se demostró que dicha evolución era imposible, toda vez que el régimen fascista había entrado en la guerra, y toda vez que la Monarquía, a pesar de su ruptura con el fascismo, demostró ser incapaz de imponerse a sí misma como una fuerza estable en una transición consensual a la democracia —a causa de la falta de un inteligente comportamiento relegitimador—. En la segunda vía de salida, el agente de cambio que se enfrenta a la cuestión de la herencia es una fuerza ocupante. Esto puede tener la desventaja de añadir nuevas injusticias a las viejas injusticias, sobre todo cuando a la fuerza ocupante la mueven deseos de venganza o un celo jacobino, y tiene poco conocimiento de la realidad del país. Pero tiene la ventaja de librar a las nuevas fuerzas internas de la tarea de desfascistización y, por tanto, de impedir que el nuevo régimen nazca dividido. Sin embargo, las fuerzas aliadas, en Italia, después de un intento inicial en el Sur, abandonaron pronto el papel principal en la desfascistización.

Cuando la guerra llegaba a su fin, los aliados encontraron cada vez más conveniente confiar la administración de los territorios liberados a los funcionarios y personalidades locales —esto es, a la ya existente clase política— y, de esta forma, se suavizaron las medidas iniciales en pro de una rápida desfascistización. Y cuando el CLN apareció en el escenario político, los aliados reconocieron intereses internos importantes en esta cuestión. Después de la liberación de Roma, la aplicación de leyes de desfascistización italianas —a menudo a través de tribunales provisionales italianos— se convirtió en la regla general de los aliados en la mayor parte de los territorios liberados, mientras se esperaba la instalación de la organización italiana. Por otro lado, los aliados parecían tener más interés en la purga del aparato estatal y local que en la persecución de los crímenes fascistas que —en contraste con el carácter internacional de los crímenes nazis y japoneses— consideraban asunto interno italiano. Cuando tomaban una resolución al respecto, su actuación alguna vez estaba dirigida por el deseo de realizar purgas efectivas, pero con más frecuencia era debida a la necesidad de reducir los casos de represalias. Este era el caso sobre todo en el Norte, donde, después del día de la liberación, los tribunales partisanos y los tribunales del pueblo, no reconocidos ni por el gobierno ni por el CLNAI, empezaron a tomarse la justicia por su mano (38).

(37) GIUSEPPE DI PALMA: «Founding Coalitions in Southern Europe: Legitimacy and Hegemony», en *Government and Opposition*, 15. Spring, 1980, págs. 162-189.

(38) Todos los puntos mencionados anteriormente están en HARRIS, *op. cit.*, especialmente págs. 173, 224, 284.

Lo que indican estos aspectos del papel de los aliados en la desfascistización es que tanto las autoridades británicas como las americanas tuvieron una actitud menos punitiva y abrieron más la mano con respecto al fascismo italiano que con respecto al nazismo. Factores que indujeron a utilizar un tratamiento menos severo (y menos directo) fueron: el papel menos importante que el fascismo había jugado en el ámbito internacional, el hecho de que había sido mucho menos cruel e inhumano que el nazismo, y el que su caída se hubiera debido a la *disidencia interna*, con la posibilidad de utilizar las arrepentidas clases políticas y burocráticas para reconstruir un orden político estable. Pero al adoptar una postura menos activa (aunque es probable que no hubiera otra alternativa), los aliados abrían una caja de Pandora, porque los italianos estaban divididos con respecto a lo que parecía el «demonio» menor del fascismo.

Si el fascismo hubiera sido simplemente una enfermedad perniciosa, pero, sin embargo, transitoria, en el cuerpo, por lo demás sano, de la Italia liberal prefascista, como Croce y otros liberales prefascistas habían mantenido, la vuelta a la normalidad (y, por tanto, la vuelta a una política liberal), por medio de una extirpación quirúrgica, hubiera sido no sólo fácil sino también legal y políticamente justificable (39). Hubiera bastado con la destitución de Mussolini por mano de la Monarquía —una circunstancia que por sí sola hubiera restablecido la continuidad del Estado liberal— y con el pacto entre la Monarquía y los partidos antifascistas. Sin embargo, el fascismo no era un interludio, y la continuidad del Estado desde el prefascismo a Badoglio, indudable en muchos aspectos, no estaba tan alejada del fascismo como la perspectiva de Croce (y la de la Monarquía) hacían creer. Lo que importa no es tan sólo la forma semiparlamentaria a través de la que Mussolini accedió al gobierno y gobernó hasta 1925 (también Hitler, formalmente, llegó al poder por medios parlamentarios), sino también el hecho de que ni siquiera la supresión por Mussolini de todo residuo de vida parlamentaria trajera consigo el restablecimiento del antiguo Estado por parte del partido y los miembros de éste. Al contrario, se vio acompañada por una dependencia de las instituciones y códigos (y limitaciones) legales —algunas de ellas heredadas del pasado— que cuestionaban tanto la ilegalidad del fascismo como las diferencias entre el antiguo Estado y el nuevo régimen. De igual, sino de mayor importancia, es el hecho de que, sobre todo en los años treinta, el fascismo —lejos de ser un simple aparato de represión— disfrutó en Italia de generales, aunque diluidas, simpatías «bonapartistas». Todo esto suscitó dudas acerca de la sinceridad y la justicia de tomar medidas punitivas con carácter retro-

(39) Sobre éstas y las siguientes características, véase GAMBINO, *op. cit.*, págs. 73-77.

activo contra individuos o grupos que habían sido parte o beneficiarios de ese respaldo.

Las dudas quedaron ahí a pesar de que la guerra había disminuido dramáticamente ese respaldo, había resucitado la cara subversiva del fascismo, y había puesto de relieve el carácter poco previsor del filofascismo de aquellos que, quizá esperando hacerlo constitucional, habían hecho posible el advenimiento de Mussolini. Para explicar el porqué de estas dudas es decisivo el hecho de que, desde el principio, el control de la desfascistización dependió menos de las fuerzas antifascistas —que habiendo sido perseguidas a través de todo el período, hubieran tenido el derecho a tornar los resentimientos populares contra el fascismo en una justicia popular rápida y general pero autolegitimadora— que del viejo aparato del Estado. Y ese aparato incluía a un Rey que había sido jefe supremo de las Fuerzas Armadas durante la guerra, a un heredero de la Corona que tenía a su mando uno de los ejércitos, y a un mariscal Badoglio, al cual la dirección de la invasión de Etiopía le había reportado su bastón de mando y el liderazgo de la Junta de Jefes (40).

Este contexto de incertidumbres legales y morales, pero también de iniciales oportunidades políticas, fue aprovechado por Badoglio para poner en marcha un proceso de desfascistización que pretendía alcanzar un fin doble y al mismo tiempo contradictorio: 1) recuperar, en un ambiente cada vez más antifascista, un poco de credibilidad mediante la toma en consideración de las presiones de los partidos reconstituidos, y de los aliados en principio, para conseguir una depuración más completa, y 2) asegurar y probar que era posible la vuelta a la normalidad del Estado, sostenida por Croce, manteniendo al antiguo Estado y a su personal a la cabeza de su propia depuración. Este doble fin explica la ambigua maquinaria legal de la desfascistización de Badoglio; también explica por qué sus medidas dejaron, en ambos lados, un sentimiento final de continua injusticia.

Las primeras medidas a adoptar, anticipándose a los términos del Armisticio, estaban relacionadas con la supresión del Partido y otras instituciones fascistas (así como con la liberación de los presos políticos del fascismo) (41). Estas medidas fueron puestas en marcha, inmediatamente después del Armisticio y a través de los dos gobiernos de Badoglio, por una serie

(40) El comprometido papel del Rey es una de las razones por las que Croce, resuelto a salvar a la Monarquía, apoyó la abdicación del Rey.

(41) El análisis más exhaustivo de la legislación está en FLORES, *op. cit.* Véase también ZARA ALGARDI: *Processi ai fascisti*. Florencia, Vallecchi, 1973), Introducción; HARRIS, *op. cit.*, *passim*; BATTAGLIA, *op. cit.*, págs. 69-101; CLAUDIO PAVONE: «La continuità dello stato. Istituzioni e uomini», en VARIOS AUTORES: *Italia, 1945-48*, *op. cit.*, págs. 228-267.

de decretos (28 en total, según algunas fuentes) que ordenaban la purga administrativa del aparato burocrático y de empresas privadas de interés nacional, establecían los principios del procedimiento penal contra los verdaderos delitos del fascismo, y creaban un Alto Comisario para la Desfascistización (que restablecía en sus puestos a aquellos que, por diversas razones, había destituido el fascismo). Sin embargo, hasta la liberación de Roma y la constitución del primer gobierno civil de Bonomi, estas medidas no fueron reorganizadas y reunidas en una única disposición del gobierno, y sólo entonces la maquinaria comenzó lentamente a funcionar. Pero el acta —un decreto de fecha 27 de julio de 1944, todo un año después de la destitución de Mussolini— reflejaba pesadamente los trabajos preliminares hechos bajo Badoglio que seguían marcando todo el proceso de desfascistización a pesar de que se le habían añadido nuevas actas y del aumento de la participación de los partidos antifascistas.

El acta de julio de 1944 establecía, bajo el mando del Alto Comisario para la Desfascistización, cuatro comisarios adjuntos, encargados, respectivamente, del castigo de los crímenes fascistas, la purga de la Administración, la confiscación de los beneficios fascistas y la incautación de las posesiones del partido fascista. El republicano Sforza fue nombrado Alto Comisario, con un socialista, un comunista, un democristiano y (supongo, pero no tengo información) un liberal como ayudantes. El acta estaba marcada por una serie de características contradictorias. Por una parte, confirmaba el principio de retroactividad penal que ya había sido introducido por el segundo gobierno civil-militar de Badoglio bajo las presiones del partido (aunque encubría esa retroactividad con la aplicación de códigos liberales que, se pretendía, habían sido «interrumpidos» ilegalmente en su vigencia bajo el régimen fascista). También introducía definiciones grandilocuentes de crímenes fascistas cometidos durante el régimen depuesto y durante la República Social Italiana del Norte, de acuerdo con las cuales todos y cada uno de los fascistas podían ser condenados, en principio, sin consideración del cargo que hubieran ocupado. De la misma forma, se saltaba las directrices de los aliados, aceptadas por el primer gobierno Badoglio, de que la depuración fuera realizada según categorías (por ejemplo, levantar o imponer sanciones contra funcionarios locales o centrales a partir de un cierto rango, teniendo en cuenta el que hubieran ocupado puestos en el partido o puestos subordinados al partido) y las sustituía por un sistema de responsabilidades en base a comportamientos y actitudes vagamente indicados, potencialmente de mayor alcance. Finalmente, coronaba estas medidas con el nombramiento de comisarios políticos a los que se les confiaba la coordinación y estímulo de una tarea que, en base a los criterios establecidos, parecería ser exclusivamente política.

Por otra parte, las directrices de Sforza de «golpear a los de arriba y perdonar a los de abajo» fueron impuestas en el acta y reforzadas por las actas siguientes y sus interpretaciones, al introducir circunstancias atenuantes, o al describir meticulosamente (pero nunca exhaustivamente) ejemplos específicos que admitían excepciones y derogaciones. Lo que es más, las aplicaciones diarias del acta, desde impresionantes sanciones hasta impresionantes derogaciones, fueron confiadas, no a los comisarios políticos —que tenían problemas para imponer su poder de iniciativa y a los que a veces les intranquilizaba someter materias procesales a presiones que recordaban las prácticas fascistas— sino a un grupo de instituciones judiciales y semijudiciales. Estas consistían en: 1) un Tribunal Supremo de Justicia, compuesto por jueces y ciudadanos respetables escogidos por el gobierno y encargados de procesar a los miembros del gobierno fascista y a altos funcionarios por los crímenes cometidos contra el Estado al instalar el fascismo y al mantenerlo en el poder; 2) tribunales ordinarios, a varios niveles, que juzgaban crímenes similares cometidos por fascistas de menor importancia antes del Armisticio; 3) tribunales militares y ordinarios que aplicaban la ley marcial a militares o a civiles acusados de colaborar con los alemanes después del Armisticio, y 4) comisiones mixtas ministeriales, locales, y de asociaciones profesionales, nombradas a su propio nivel para los procesos de depuración, con una comisión central mixta nombrada por el primer ministro para las apelaciones de la parte interesada o del Alto Comisario. La actitud de estas instituciones hacia los casos que juzgaban, sobre todo cuando se trataba de purgas, puede suponerse fácilmente. Compuestas a menudo de viejos jueces y oficiales, dudaban en someter a compañeros y superiores, a los que sólo la suerte había colocado al otro lado del banquillo, a una legislación ambigua y retroactiva; estos cuerpos judiciales terminaban por aplicar —a menudo más allá de toda lógica— toda clase de circunstancias atenuantes (42).

Esta forma de abordar la desfascistización contribuyó a prolongar los procesos, a lo que también contribuía el hecho, a menudo olvidado, de que la guerra, la división de la nación y el lamentable estado de las comunicaciones, retrasaban considerablemente tanto las convocatorias de los tribunales como la recogida de las pruebas necesarias (43). El resultado no fue precisamente un sentimiento de justicia aplicada a conciencia (Sforza también había pedido justicia «rápida») sino más bien un «sentimiento creciente y difuso

(42) La documentación más completa sobre este punto se encuentra en BATTAGLIA, *op. cit.* Véase también ALGARDI, *op. cit.*; BEVERE, *op. cit.*

(43) La Comisión Central de Depuraciones no se estableció hasta febrero de 1945. Las comisiones regionales no empezaron a funcionar hasta un mes más tarde.

de hipocresía y engaño» (44). Pero en vez de mirar hacia la Monarquía que había puesto en marcha el ambiguo proceso de desfascistización, este sentimiento miraba hacia los partidos antifascistas, sobre todo de la izquierda. En este aspecto, la izquierda se equivocó seriamente, lo que afectó a su suerte y a la legitimación del nuevo orden.

La izquierda, como muchos católicos y algunos liberales, tenía naturalmente una visión del fascismo totalmente distinta de la de Croce. Lejos de ver al fascismo como algo circunstancial lo vio como una «revelación», como la perfección visible de las tendencias reaccionarias de clase, de un régimen superficialmente liberal, como aquél que existía antes del fascismo. También lo vio, sin embargo, como un fenómeno nuevo, un movimiento de masas que ejercía una atracción popular-nacional sobre unas masas escasamente integradas que deberían ser recuperadas por la izquierda una vez que la guerra hubiera terminado (45). Dado este doble análisis —pero dado también el hecho de que se había extinguido la opción de la Resistencia y con ella la de la justicia revolucionaria apoyada por las masas— a la izquierda le quedaban pocas posibilidades de sacar algo en limpio de su compromiso con un proceso de depuración que, al personalizar las responsabilidades fascistas, estaba llevando a toda clase de incongruencias, engaños y resentimientos recíprocos. Pero la izquierda en conjunto se dio cuenta de todo esto demasiado tarde para poder salir sin mancha, o, aún menos, victoriosa (46).

Durante, y después de la guerra de liberación, la izquierda aprobó, por una parte, el inicial acercamiento «legal» de Badoglio, y de hecho lo hizo suyo en los gobiernos en que participó; por otra parte, presionó al principio para conseguir unas medidas que fueran más extensas en sus pretensiones y una misión con mayor incentivo para los comisarios políticos. Al darse cuenta de que estas medidas no producían ni siquiera remotamente los resultados que se esperaban, la izquierda y sus comisarios políticos denunciaron incansablemente que la maquinaria de desfascistización y sus funcionarios estatales hacían demasiado poco. Una vez que la izquierda había aceptado la aproximación de Badoglio a la desfascistización, sus presiones para

(44) GAMBINO, *op. cit.* Según Gambino, estas reacciones, especialmente fuertes en el Sur, explican también el rápido éxito del partido Uomo Qualunque.

(45) Este análisis aparecía ya en PALMIRO TOGLIATTI: *Lezioni sul Fascismo*. Roma, Editori Riuniti, 1970. Las conferencias se dieron en 1935.

(46) Posiblemente, de entre los líderes de la izquierda, solamente Togliatti comprendió la debilidad de la opción Resistencia y sus implicaciones para la desfascistización. Véase sobre este aspecto el análisis de GIANCARLO PAJETTA en *Problemi di storia del Partito Comunista Italiano*. Roma, Editori Riuniti, 1971, pág. 100. No siempre los otros líderes del Partido Comunista (Longo, Secchia) estuvieron de acuerdo con Togliatti.

criminales fascistas, la reserva justificada mostrada en los primeros procedimientos legales se convirtió, una vez que la guerra se iba olvidando, en una verdadera parodia de la legislación criminal y de la amnistía de Togliatti (53). El siguiente cometido era la reconstrucción de las instituciones democráticas.

La reconstrucción democrática

Ya he sugerido antes que la desfascistización y la reconstrucción democrática son las dos facetas que tienen que ver con el legado del fascismo. Si la desfascistización había resultado ser una fuente de división incluso entre los partidos antifascistas, una reconstrucción democrática que terminara con aquel legado a través de un programa positivo de reformas político-sociales podía haber provisto a los partidos antifascistas de un baluarte permanente contra la creciente discordia sobre la política interna y externa de después de la guerra y de la Resistencia. Pero la coalición constitucional que se encargó de este cometido, aunque incluía a todos los partidos antifascistas, resultó ser efímera, y los acuerdos que logró, limitados e inconcretos. Sus defectos se pusieron de relieve cuando la extrema izquierda fue arrojada indefinidamente del gobierno. Una vez más, el problema comunista quedaba entrelazado con la cuestión del legado. Gran parte de esto se ve claramente cuando se examina la labor de la Asamblea Constituyente en el contexto de los acontecimientos políticos que tuvieron lugar durante aquel período (54).

Merecen atención preliminar algunos aspectos sobre la selección y composición de la Asamblea. La Asamblea fue elegida por el sistema de representación proporcional. Este era el resultado lógico del proceso inicial y rápido de la reconstrucción de los partidos políticos, al que ni los aliados ni el gobierno de Badoglio habían sometido después del Armisticio a ningún tipo

(53) Un ejemplo perfecto del cambio es la siguiente sentencia del Tribunal de Casación, de fecha marzo de 1951 y que interpreta el significado de «cruces torturas» como una circunstancia que excluía a un criminal fascista de la amnistía de Togliatti: «Las torturas son especialmente crueles sólo si por su atrocidad horrorizan a personas que no son ajenas a la tortura» (recogido en PAVONE, *op. cit.*, pág. 252). Mientras crecía la indulgencia hacia los fascistas, se endurecían las penas para los partisanos que habían cometido actos ilegales durante la liberación (BATTAGLIA, *op. cit.*, págs. 102-123).

(54) Un informe reciente y ampliamente documentado sobre los diversos aspectos de la elaboración de la Constitución es el de ENZO CHELI (ed.): *La fondazione della repubblica*. Bolonia, Mulino, 1979. Entre los otros numerosos escritos véase VARIOS AUTORES: *Dieci anni dopo*. Bari, Laterza, 1955. Merece la pena recordar que los aliados no jugaron ningún papel en la redacción de la Constitución.

de registro o control (55). Cualquier otro sistema de elección, como el que fue adoptado más tarde en Alemania Occidental, que redujera la proporcionalidad o que excluyera directamente otros partidos aparte del partido fascista, se hubiera considerado, y continuaría considerándose después, dado el ambiente de aquellos días, descaradamente antidemocrático (56). El sistema proporcional y la reconstrucción inicial de los partidos dieron lugar a una Asamblea que representaba a un amplio espectro de partidos y opiniones, que incluía un partido monárquico y un pequeño número de destacadas personalidades prefascistas, como el mismo Croce, Orlando y Nitti. Sin embargo, estas fuerzas no pasaron de ser una minoría disidente y carente de influencia. Ninguna de las viejas personalidades, a pesar de sus conocimientos constitucionales, formaron parte de la *Comissione dei 75*, a la que la Asamblea encargó la tarea de redactar la Constitución. Precisamente porque no había forma alguna de resucitar simplemente un *Statuto Albertino*, que había muerto con la Monarquía, la Asamblea, compuesta solamente de políticos de después de la Primera Guerra Mundial, o posfascistas, podía aprovecharse muy poco de personalidades que habían moderado la política parlamentaria bajo la Monarquía. La redacción de la Constitución estaba dirigida, de entre las nuevas fuerzas, por los grandes partidos del gobierno tripartito (57); de hecho, sobre todo por los comunistas y demócrata-cristianos. Los socialistas sólo tuvieron fuerza cuando se alinearon con los comunistas; cuando no lo hicieron, no fueron tenidos en cuenta (58).

El acuerdo era fácil de lograr cuando se trataba de cuestiones simbólicas, cívicas y sociales, pero era más difícil y menos sólido cuando aparecían en escena problemas de gobierno. Estos planteaban discusiones tan delicadas como la de la reforma en que se debería de organizar el Estado para impedir la dictadura y conseguir una democracia progresista, y la del papel que los comunistas y los católicos podrían desempeñar en la dirección del Estado.

(55) Un trabajo ampliamente documentado sobre la reconstrucción de los partidos es el de CARLO VALLAURI (ed.): *La ricostruzione dei partiti democratici 1943-1948*. Roma, Bulzoni, 1977, 3 vols.

(56) Sobre los orígenes del sistema electoral de posguerra, véase ERNESTO BETTINELLI: «La formazione dell'ordinamento elettorale nel periodo precostituyente», en ENZO CHELI, *op. cit.*, págs. 128-304.

(57) Socialistas, comunistas y demócratas cristianos controlaban el 70 por 100 de los escaños. Giuseppe Saragat, destacado líder socialista hasta que formó el Partido Social Demócrata, fue sucedido como presidente de la Asamblea por el comunista Umberto Terracini. Nenni fue ministro de Asuntos Constitucionales durante parte del período de la Asamblea.

(58) ENZO CHELI: *Costituzione e sviluppo delle istituzioni in Italia*. Bolonia, Mulino, 1978, pág. 43.

El acuerdo fue instantáneo en la prohibición de partidos neofascistas y en cuanto a asegurar la forma de gobierno republicano mediante una disposición constitucional no susceptible de reforma. También se llegó fácilmente al acuerdo sobre una amplia gama de libertades individuales republicanas, y sobre la necesidad de darles cauce a través de una serie de principios sociales que recalcan los deberes del Estado y la economía con respecto a mejoras sociales colectivas. Ayudó a llegar al acuerdo sobre estos puntos la ideología posliberal, progresista y solidaria, común al marxismo y al catolicismo, un aspecto que los dirigentes de ambos movimientos no dejaron de subrayar en la Asamblea. Se consiguió también un rápido entendimiento en cuanto a la exclusión de indeseables acuerdos político-institucionales. Uno era el presidencialismo, que prácticamente todos los líderes antifascistas subrayaban como el precursor del cesarismo político (59); otro era el del sistema electoral de mayoría simple o a dos vueltas. El primero echaría abajo el pluralismo político; el último evocaba políticas personalistas prefascistas y carentes de principios (60). Lo que quedó al final fue un parlamentarismo racionalizado basado en un bien desarrollado sistema pluripartidista. Sin embargo, comunistas y demócrata-cristianos sostenían muy diferentes puntos de vista —hecho que a menudo es olvidado a causa del acuerdo casi unánime del texto final— acerca de la forma en la que el parlamentarismo tendría que funcionar para lograr una democracia progresista.

Mientras los católicos defendían en principio un parlamentarismo limitado por un sistema de equilibrios y controles territoriales y funcionales, los comunistas, como sus compañeros franceses, defendían la autoridad sin trabas de una Asamblea Nacional. El *garantismo* institucional de los católicos reflejaba su ideología corporativo-pluralista, que veía a la Italia prefascista como a un país insuficientemente autogobernado para poder hacer frente al fascismo, y creía que la manera en que podían competir mejor con la izquierda era arraigándose en las instituciones dispersas y en los organismos intermedios del *garantismo*. De acuerdo con esto, apoyaban amplias autonomías regionales (61), un Senado representante de los intereses corporativo-territoriales,

(59) Véase el informe sometido a la Asamblea por el presidente de la *Commissione dei 75* en MEUCCIO RUINI: «Relazione sul progetto di Costituzione», en VARIOS AUTORES: *I precedenti storici della Costituzione*, Milano, Giuffrè, 1958, pág. 159. Calamandrei, un miembro del Partido de Acción, fue el único destacado antifascista que defendió el presidencialismo.

(60) Aunque las leyes electorales no forman parte de la Constitución tuvieron un papel importante en la adopción constitucional de otras instituciones.

(61) Con respecto al regionalismo y la opinión de las diversas fuerzas políticas, véase LEGNANI, *op. cit.*

un referéndum popular, un activo Tribunal Constitucional, un cuerpo judicial autogobernado y un presidente de la República con poderes en la formación del gobierno y la disolución del Parlamento. Pero el jacobinismo centralizador de los comunistas vio en estos equilibrios y controles territoriales y funcionales un obstáculo conservador para la democracia progresista, especialmente peligroso en un momento de reconstrucción popular colectiva (62). Además, dado que los comunistas contaban todavía con su fuerza parlamentaria para permanecer en el gobierno, cualquier mecanismo que revisara los poderes legislativos y parlamentarios limitaría su papel de gobierno. Por consiguiente, y debido además a las presiones comunistas, el Senado se convirtió en una réplica de la Cámara de los Diputados. Se limitó el poder del referéndum popular, de la Corte Constitucional y del presidente de la República. Y el partido trabajó, a veces con éxito, para reforzar el poder del Parlamento en oposición al gobierno en materias reservadas, iniciativa legislativa, poderes normativos y el liderazgo del presidente del gobierno sobre el Consejo de Ministros.

Pero, irónicamente, el acontecimiento que finalmente los llevó a un acuerdo, fue, de alguna forma, el fin del gobierno tripartito en mayo de 1947. El Partido comunista, mientras que seguía apoyando las prerrogativas parlamentarias de la oposición, se aprovechó también de algunos de los «obstáculos» recomendados originalmente por los católicos. El regionalismo, el Tribunal Constitucional, o el Consejo del Poder Judicial (si, como los comunistas pedían, era elegido por el Parlamento) podrían ahora, al igual que el Parlamento, abrir caminos a la oposición. Igualmente, los cristianodemócratas mostraban una creciente intranquilidad con respecto a su propio plan de controles y equilibrios, y una gran preocupación por la estabilidad del Ejecutivo. Pero, antes de mayo, el marco constitucional se había fijado ya en gran parte. En febrero, la *Commissione dei 75* ya había presentado su texto

(62) «En la forma en que yo lo entiendo», declaraba el comunista Laconi, hablando sobre los controles y equilibrios, «... Obligar y reprimir significa conservar... impedir que las nuevas fuerzas populares expresen sus deseos... Intentaremos asegurar de cualquier manera posible que el Estado del mañana sea el más democrático, donde no hayan ni callejones sin salida, ni obstáculos, ni obstrucciones» (sesión plenaria del 5 de marzo de 1947). Nenni hizo casi idénticas declaraciones pocos días más tarde. Similares fueron las consideraciones de Togliatti con respecto al Tribunal Constitucional al que se refirió como: «extraño... un cuerpo que nadie sabe qué es y gracias al cual unos pocos ciudadanos egregios serán colocados por encima de todas las asambleas y del conjunto del sistema democrático y parlamentario» (sesión plenaria del 11 de marzo). Acerca de las ideologías constitucionales de la izquierda, véase PAOLO PETTA: *Ideologie costituzionali della sinistra italiana (1892-1974)*. Roma, Savelli, 1975.

a la Asamblea, lo que hacía difícil y desaconsejable cualquier reconstrucción radical del juego constitucional.

Ni la izquierda ni los católicos estaban en condiciones de una confrontación política en un período tan difícil e inseguro como el de los meses finales de 1947. Además, los comunistas no veían todavía su exclusión del gobierno como algo definitivo, por lo que estaban tan preocupados como siempre por dejar abiertas las líneas de comunicación con el partido mayoritario. Con este objeto, el Partido comunista (pero no los socialistas) había aprobado ya en marzo el reconocimiento constitucional de los Tratados de Letrán de 1929 entre la Iglesia y el Estado italiano. Además, una Constitución que insistía en equilibrios y controles, generosa en cuanto a prerrogativas parlamentarias, y ambigua en lo que respecta al liderazgo del Ejecutivo, podía ser útil a un partido cuyo futuro en el gobierno no estaba todavía claro. A su vez, al partido demócrata-cristiano le parecía no sólo demasiado tarde, sino también poco conveniente modificar repentinamente acuerdos político-institucionales iniciados en gran parte por el partido, y que gozaban todavía del apoyo de su grupo parlamentario (63).

La Constitución aprobada a fin de año reflejaba un incierto compromiso. En los meses y años siguientes, los comunistas, al ver que su exclusión del gobierno parecía ser definitiva, se valieron de dichas características constitucionales, tales como equilibrios y controles, autonomías regionales, prerrogativas parlamentarias, y el fuerte reformismo social del texto constitucional, para sostener que el desarrollo de una democracia progresista, a salvo de tentativas autoritarias, requería constitucionalmente llegar más allá de la aplicación convencional del principio mayoritario. Requería una participación consociacional de todos los partidos antifascistas a todos los niveles del Estado y del gobierno. El conflicto entre este punto de vista, que anunciaba la propuesta comunista de un compromiso histórico, y los esfuerzos de los demócrata-cristianos para protegerse, reforzando en lo posible las características mayoritarias de la Constitución, ha sido desde entonces una constante de la vida política italiana (64).

(63) Se debería recordar que, al contrario que en la España de después de Franco, el Gobierno nunca presentó un borrador constitucional, ni ninguna opinión constitucional, ni bajo el gobierno tripartito ni más tarde. Esto, unido al hecho de que la Asamblea no tenía poderes legislativos, mantuvo a la Asamblea relativamente apartada de conflictos diarios y permitió a la Democracia Cristiana llevar a cabo dos estrategias: una en el Gobierno y otra en la Asamblea Constituyente. Sobre estos aspectos, CHELI, *Costituzione e sviluppo*, cit., cap. I.

(64) Las implicaciones de este contraste para la legitimidad del sistema y los resultados se examinan en GIUSEPPE DI PALMA: *Surviving without Governing: the Italian Parties in Parliament*, Berkeley, University of California Press, 1977.

Estas son circunstancias que van más allá del período de elaboración de la Constitución. Pero, al igual que ocurrió anteriormente con la discusión de la desfascistización, dejaron su huella imborrable en la cuestión de la herencia.

EL LEGADO DEL LEGADO

Es casi axiomático que las transiciones a la democracia nunca logran los resultados que los demócratas esperan de ellas. Es mucho menos axiomático que el pasado sea todavía una pieza clave del argumento décadas después de los sucesos. Sin embargo, éste parece ser el caso de Italia ¿Por qué?

Está claro que la desfascistización como ya he apuntado, logró escasos resultados. Se puede añadir que incluso la ley Scelba de 1952 que hacía efectiva la prohibición constitucional de los partidos neofascistas, no tuvo efectos prácticos con respecto al neofascista MSI (Movimento Sociale Italiano), fuerza política que cuenta todavía con el apoyo de un 5 por 100 del electorado.

También aparecieron límites en la reconstrucción democrática. Al final del período de elaboración de la Constitución, una gran cantidad de la legislación orgánica de antes de la guerra (códigos penal, civil, militar, policial y local; leyes sobre la familia) —algunos de ellos con problemas de constitucionalidad— estaba todavía esencialmente en vigor. Mientras que, todas las instituciones de *garantismo* contenidas en la Constitución aguardaban leyes que las pusieran en marcha, como ocurrió con las disposiciones constitucionales sobre reformas económicas y sociales.

Debería haber sido tarea del nuevo Parlamento crear las instituciones del *garantismo* para continuar el proceso constitucional. Pero los gobiernos centristas se mostraron particularmente opuestos a ello, en parte por miedo a abrir nuevas vías a la oposición, y en parte a causa del carácter meramente indicativo de muchas de las disposiciones sociales de la Constitución. El Tribunal Constitucional no empezó a funcionar hasta 1956, y el Consejo del Poder Judicial hasta 1958. El referéndum popular y los gobiernos regionales (a excepción de cinco regiones que ya disfrutaban de un estatuto de autonomía especial) vieron la luz entre los últimos años de los sesenta y el comienzo de los setenta. Y las reformas sociales y cívicas que eliminaban la legislación anterior a la guerra por medios legislativos y judiciales, o respondían a innovaciones constitucionales, tuvieron que esperar, de forma parecida, hasta los sesenta o setenta. Puedo añadir también que se hizo muy poco, si es que se hizo algo (ciertamente menos que en Alemania Occidental) para re-socializar el país, democratizando los grandes agentes de socialización (Escuela y Ejército) o haciendo que las nuevas generaciones estudiaran el fenó-

meno del fascismo. El estudio de los derechos y deberes del ciudadano no fue materia de enseñanza durante años, y la enseñanza de la historia nunca pasaba de la Primera Guerra Mundial.

Después de todo lo que se ha dicho, gran parte del prolongado debate sobre el legado, y la insistencia especialmente italiana por recuperar la unidad antifascista, parecen desproporcionadas en comparación con el objetivo o las deficiencias voluntarias en el tratamiento del legado y la reconstrucción. En algunos casos las valoraciones críticas de dicho tratamiento rayan en un mito: el mito de una resistencia unida, traicionada, o, si se quiere, de una continuidad fascista. Incluso aquellos que no están dispuestos a contribuir a ese mito todavía ven básicamente la transición como una serie de oportunidades perdidas.

Así pues, para entender por qué en este aspecto (como en muchos otros) el discurso político italiano parece tener las características de una cultura política que se excede en sus límites, que marcha a saltos, y que no suele pararse ante los obstáculos, debemos contemplar el caso desde una perspectiva comparada. Es típico, y por muchas razones una suerte, que las democracias sucesoras, no sean casi nunca establecidas por una acción unilateral, ya sea de enemigos de la dictadura, ya de miembros anteriores de la misma. En un punto u otro, incluso asumiendo la acción unilateral originaria, las presiones para que se creen coaliciones más amplias son ejercidas por grupos movilizados que ven a la dictadura de diversos modos: como moralmente detestable, económicamente inviable, agotada políticamente, derrotada internacionalmente o sometida a cuarentena, o simplemente como algo circunstancial y de lo que se puede prescindir. En mi opinión, la más satisfactoria de las coaliciones, posiblemente gracias a tal diversidad de motivos e intereses, es aquella, que, por una especie de *dévolution* del régimen, permite lo que yo he llamado en otro sitio una legitimación *forward-backward* de las fuerzas democráticas, por una parte, y de las fuerzas reformadas, anteriormente al servicio de la dictadura, por otra (65). Esto aísla, numérica y políticamente, tanto a los nostálgicos no redimidos como a los demócratas jacobinos que buscan una democracia puramente selectiva.

Una variedad de factores, no necesariamente de la misma importancia ni combinados de la misma forma, justifican y apoyan, si no aseguran, tales *dévolutions*. No es incumbencia de este estudio tratar detenidamente de cómo estos factores afectaron a otros países, pero parece apropiado mencionar que diversas combinaciones de ellos funcionaron con éxito en tres casos tan diferentes como los de Alemania, Japón y España. Ya sea a causa de la

(65) GIUSEPPE DI PALMA: *Founding Coalitions*, cit., pág. 170.

supervisión extranjera (como es el caso de Japón y Alemania) o del aborrecimiento de los extremismos después de los horrores del *Gleichschaltung* por la existencia de un sistema exclusivo de mando (Alemania), o por la capacidad única de las nuevas y las viejas élites para aprender de la historia y para refundir regímenes poco coherentes (el caso de España y Japón), las coaliciones originales en estos países se concretaron en plataformas parlamentarias singularmente moderadas. El resultado fue hacer de la cuestión de la continuidad una cuestión menos compulsiva (incluso cuando, como en España y Japón, la Monarquía era restaurada o conservada), o llevarla al terreno moral, menos tangible, de la culpabilidad nacional (como en Alemania).

Muchos factores apoyaban también la *dévolution* en Italia, pero muchos otros la hicieron menos que afortunada, impidiendo la creación de coaliciones. Entre los primeros está la derrota, que forzó a la Monarquía y a los militares a abandonar sus planes unilaterales para conseguir una democracia protegida y obligó a ambos, finalmente, a compartir el poder con los partidos políticos. La República de Saló de Mussolini también apuntaló indirectamente el pacto con los partidos al constituirse en una contracoalición, refundiendo el viejo régimen en un molde subversivo. De alguna forma, Saló, a pesar de la ambigüedad de sus atractivos populistas, jugó un papel nacional similar al de Vichy consolidando las fuerzas de la Francia libre. Además de estos aspectos transicionales, diversas características del viejo régimen podrían haber favorecido un *rapprochement* entre los partidos antifascistas y algunos de los antiguos seguidores del régimen. Entre estas características figuraban las amplias bases sociales del régimen, la limitada fascistización de las instituciones estatales, la supervivencia de formas limitadas de pluralismo; el pasado, relativamente sin sangre, del régimen, el carácter limitado y fortuito de las persecuciones y la supervivencia *de facto* de un amplio ámbito privado.

Si estas características, apuntando a un régimen prescindible, dieron muestras de ser insuficientes para el *rapprochement*, no fue debido sólo a su ambigüedad inherente (si poco se había trastornado, mucho se tenía que haber cedido), ni simplemente a la guerra, sino finalmente a las continuas evasivas de la Monarquía y de sus cuadros en el proceso de *dévolution* y a la falta, por parte de la Monarquía, de una inteligente estrategia relegitimadora (66). Su comportamiento, lejos de ayudar al consenso, ayudó a que aumentase la disensión, desde el revanchismo nostálgico, que encontraba

(66) Implícita en la declaración está la creencia de que el comportamiento de la Monarquía fue más una cuestión de decisiones incompetentes que de necesidad histórica.

en la Monarquía, un refugio provisional, a la resistencia no comprometida que dividía a los partidos antifascistas. Pero también constituyó un obstáculo contra una renovación más radical del Estado.

De esta forma, aunque el resultado fue moderado en su política y firmemente democrático en la forma, había significantes residuos de descontento: un descontento intensificado en la izquierda por la actuación de doble sentido del Partido comunista —instrumentalmente moderado, mientras proyectaba sus acciones hacia un sistema diferente— y por la adopción de una ambiciosa Constitución que, en palabras de un importante padre fundador, prometía una revolución a cambio de otra que nunca tuvo lugar. Fueron ciertamente promesas como éstas las que delinearon en los años de la liberación italiana una cultura de exageradas expectativas, a pesar de las crecientes limitaciones. Y si el casi mito de una revolución traicionada es desproporcionado con respecto a la historia de omisiones de aquellos años y de los siguientes, resulta, sin embargo, más equilibrado con respecto a la cultura que crearon aquellos años. También se corresponde con el resentimiento por el final de la unidad antifascista y por la obligada ineficacia de los eternos gobiernos democristianos, y por la conflictividad de una izquierda política incapaz todavía de asumir un papel creíble en una democracia competitiva y socialmente ambiciosa.

Cualquiera que sea mi opinión, es difícil que muera ese mito. Al dudar de la capacidad de la democracia se ha dejado una huella negativa e inquietante en fenómenos tales como la *contestación* juvenil de los sesenta y el terrorismo político de los setenta. Aunque se hayan dado estos mismos fenómenos en otras democracias sucesoras, es en Italia donde han encontrado un terreno apropiado en su cultura de exageraciones políticas. No es sorprendente que, habiéndose alimentado esas exageraciones, la izquierda y el fascismo sean ahora, a causa de sus declarados fracasos, el blanco de los aprendices de brujo. Y no es menos importante el hecho de que la misma extrema derecha haya encontrado en el tema de los fracasos antifascistas, quizá tanto como en la *Weltanschauung* de Saló, un apoyo para su particular tipo de terrorismo.

(Traducción de JOSÉ JUAN GONZÁLEZ ENCINAR.)